

.cuenTos. para Ganar un MUNDIAL o DesTruir 70mbig Carly Carly Contract of the Marine

Escrito por Ofelia Pérez-Sepúlveda e ilustrado por Andrés Escobedo Espinosa



CUENTOS PARA GANAR UN MUNDIAL O DESTRUIR A LOS ZOMBIS



CUENTOS PARA GANAR UN MUNDIAL O DESTRUIR A LOS ZOMBIS

Ofelia Pérez-Sepúlveda Ilustrado por Andrés Escobedo Espinosa



INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE NUEVO LEÓN

Consejera Presidenta

Mtra. Beatriz Adriana Camacho Carrasco

Consejeras y Consejeros Electorales

Lic. Rocío Rosiles Mejía

Mtro. Alfonso Roiz Elizondo

Mtro. Carlos Alberto Piña Loredo

Mtra. Martha Magdalena Martínez Garza

Lic. María Guadalupe Téllez Pérez

Secretario Ejecutivo

Mtro. Martín González Muñoz

CUENTOS PARA GANAR UN MUNDIAL

O DESTRUIR A LOS ZOMBIS

© Instituto Estatal Electoral

y de Participación Ciudadana de Nuevo León

5 de Mayo 975, oriente, Col. Centro,

C. P. 64000, Monterrey, Nuevo León, México

81 1233 1515

© Autora: Ofelia Pérez-Sepúlveda

© Ilustrador: Andrés Escobedo Espinoza

ISBN: 978-607-7895-87-9

ISBN versión electrónica: 978-607-7895-88-6

Editado e impreso en México, 2023

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Para María Fernanda y para Brandon: donde están ustedes está la fiesta, está la vida.

> Y para Alfonso García Hernández por su inmenso amor a México.

Nota de la autora

as historias que aquí te comparto están inspiradas en hechos reales, solo he cambiado lugares y nombres. Algunas quizá sucedieron en el estado de Nuevo León, en algún municipio como San Pedro Garza García, Guadalupe, Monterrey, General Terán, Mina, Allende, Sabinas o Doctor Arroyo; otras tal vez en otro estado, como Chihuahua, Durango, San Luis Potosí, Coahuila, Oaxaca, Querétaro, Jalisco, Quintana Roo o Chiapas; incluso, por qué no, en otro país, como Estados Unidos de América, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador o Colombia.

Lo importante es que cuentan historias que tienen que ver con los derechos que, como personas adultas o niños, nos pertenecen. Es el derecho a vivir felices, a que independientemente de cómo pensemos todos, haya respeto y orden; derecho a expresar lo que pensamos.

Si tú tienes una historia que quieras compartir, escríbeme a ofeliapatricia@gmail.com, me gustaría conocerla.

Ofelia Pérez-Sepúlveda

Contenido

13	Cómo ganar un mundial
17	La isla de los perdedores
21	Una caja de chocolates
25	Entre maizales y naranjales
29	Viejas rencillas
33	Nosotros, los que nunca seremos trending topic
37	La rebelión de los nerds
11	Entre espías y fantasmas
15	Un panteón a las doce de la noche
18	El gran Matías
53	Cómo destruir a los zombis
57	Nunca golpees una calabaza

El mundo cabe en un balón de básquet

Un cometa de colores volando el azul cielo

Una súper detective

61

65

69



Cómo ganar un mundial

A hí estaba, en mitad del campo, la portería. Tres palos de madera largos y delgados. Ahí estaba el enemigo. Para vencerlo no necesitábamos ni a brujos ni a magos. Ni encender veladoras, ni camisetas de la suerte. Solo necesitábamos ser un equipo.

¿Pero cómo ser un equipo si Luis y Andrés estaban peleados? ¿Si Antonio no quería practicar? ¿Si el hermano de Juan decía que no pensaba entrenarnos hasta que nos tomáramos el futbol en serio? ¿Si Daniel quería ser el capitán a pesar de no voltear a vernos en las jugadas?

Me fui a la casa antes de que entrara la noche. Miraba los camiones llenos de gente, la gente en los coches, los coches en las calles y cómo todos se paraban cuando en el semáforo se iluminaba el círculo rojo. Entonces, algo dentro de mí se iluminó también.

Cuando entré a la casa saludé a mi hermana. Luego le avisé a mi madre que había llegado y, después de cenar y ver la tele, me fui a dormir. Si soñé algo, no me acuerdo. De lo único que sí me acuerdo es que me despertó la alarma y me preparé para ir a la escuela. Más tarde, en el descanso, le dije a Luis, a Andrés, a Juan y a Daniel, así como a Pablo, Plutarco, Brayan, Patricio, Gonzalo y Toño Márquez, que nos viéramos atrás de los talleres.

- —¿Cómo creen que se gana un mundial? —pregunté en voz alta. Algunos, cruzados de brazos; otros, con la mirada hacia el suelo. Nadie contestó.
- —¿Cómo vamos a ganar un mundial si no logramos empatar ni un solo partido? —dijo Andrés.
- —El día que me dejen a mí hacer los goles y no me estorben, ese día vamos a ganar —respondió Daniel.
- —Yo creo que es tiempo perdido —exclamó en voz baja Antonio.
- —¿No les gusta el futbol? ¿Qué no se supone que somos un equipo? —insistí.
 - —Éramos —afirmó Luis.
- —Somos —le contesté—. Todavía somos un equipo, pero si seguimos todos por sin ningún lado, no vamos a llegar a ninguna parte. Tenemos que pensar en los semáforos.
- —¿Qué tienen qué ver los semáforos con el futbol? —preguntó Juan, pensando que me había vuelto loco.
- —Tiene que ver todo. Los semáforos ponen orden. Dicen qué coches deben avanzar...
- —Y, al mismo tiempo, dicen cuáles coches deben quedarse quietos, esperando —continuó Luis.
 - -Exacto -le contesté.
- —Muchas veces, todos corremos a lo loco y no paramos afirmó Antonio.
 - —Sí, ¿y qué pasa? Luego nos cansamos, nos desesperamos

y terminamos perdiendo. ¿Cierto o no? —para ese entonces, parecían más animados. Todos movieron la cabeza, en señal de que estaban de acuerdo.

- —Lo que hace cada uno de nosotros es importante, porque somos un equipo —confesó Daniel.
- -Pero no necesitamos que todos hagamos de todo, sino que cada quien haga lo que le corresponde en el momento que le corresponde —complementó Andrés.
- −¿Les parece que tiene sentido? –Rematé. Nadie se atrevió a cuestionar lo que dije después. Se limitaron a preguntar a qué hora y cuándo nos reuniríamos y quién le diría al hermano de Juan que estábamos listos para entrenar, que estábamos listos para ganar un mundial.

La isla de los perdedores

Lun buen día, del mar chiquito que se miraba desde la carretera ya no quedó nada. Si acaso pequeñas lagunas que no llegaban a cubrir más allá de los tobillos.

Mis papás se miraron a los ojos y no dijeron ni una palabra. Se llevaron las manos a la cabeza y se rascaron el cabello como pensando, como imaginando, supongo, cómo iban a hacerle ahora que la lancha no podía transportar turistas, porque ni había turistas, ni había agua.

Aunque allá a lo lejos, rumbo a los hoteles que construyeron cuando mi abuelo estaba joven, el agua seguía existiendo en el paisaje, lo cierto es que el resto de la presa no era más que lodo y hierbas pequeñas.

¿De quién era la culpa?

¿Es cierto que la mala suerte persigue a quienes, como nosotros, vivíamos al día? ¿Es cierto que en la rueda de la fortuna que es la vida, no éramos más que los perdedores?

—Mañana vamos a ir a donde está el Gobernador. Le vamos

a pedir que nos ayude, porque si no, ¿de qué vamos a vivir?; pero también vamos a ver cómo le hacen para que la presa se llene y una vez que esté llena, el agua no vuelva a desaparecer—dijo mi padre.

Mi mamá le pidió que no se metiera en problemas y que lo que fueran a hacer lo hicieran de forma pacífica.

Con el paso de los días, el agua no apareció. Nos traían pipas cada semana y de ahí a bañarnos y a hacer la comida. No fue sino hasta con los chubascos, en septiembre, que al agua se le hizo fácil volverse a acomodar en aquel hueco lleno de lodo y matorrales al que llamábamos presa.

—De ahora en adelante —dijo mi padre en Navidad—, nada de hacernos los que nos vemos ni oímos. Nada de que: «Esa no es mi chamba, mejor para qué me meto». ¿Quedó claro? Ya basta de ser una isla de perdedores que miramos y miramos y no hacemos nada.

Cuando lo dijo, la lancha en la que íbamos rompió la quietud del agua y mis hermanos y yo supimos que mi padre hablaba en serio. Que el mundo es de quienes no se quedan esperando a que las cosas las resuelvan otros.

Al bajar de la lancha, mi madre sonreía. En la tarde, preparó unos tamales que comimos horas después, mientras la música sonaba en la bocina.





Una caja de chocolates

ada vez que llegamos de visita, la abuela nos recibe con una caja de chocolates. A veces son barcos, a veces monedas, a veces números o, simplemente, cuadros abultados que mi hermana y yo quisiéramos devorar por completo una vez que los tenemos frente a nosotros, pero es inútil, mi madre siempre nos impone varios requisitos para poder disfrutarlos.

La casa de la abuela huele a recuerdos. Dice que ahí vivió desde que era niña y, antes que fuera de ella, fue la casa de su padre. En las paredes abundan los retratos de niños y novios que sonríen a la cámara.

De todas las habitaciones, mi favorita es la biblioteca. Hay viejas máquinas de escribir y viejos libros que son como soldados heridos sobrevivientes de una guerra. Algunos han perdido ya la portada, otros la orilla inferior de algunas hojas, pero se mantienen heroicos, entre revistas de historia y cómics que, supongo, leía mi madre cuando era niña.

El patio es otro de mis lugares preferidos. Hay árboles de naranjas, limones, guayabas e higos, acomodados en línea al centro. Del lado izquierdo, unos alambres donde mi abuela tiende la ropa y, hacia la derecha, un aro donde mi hermana y yo nos soñamos campeonas en meter canastas. Casi siempre gana ella. No sé si porque me lleva algunos años y me saca más de una cabeza de altura o porque, como mi tía Patricia dice: ella es la campeona.

Antes de despedirnos de mi abuela, ayudamos a barrer el patio, lavamos los platos sucios y recogemos la basura. Entonces comienza la eterna despedida. Que si... «Vengan más seguido, aquí los estaré esperando», «Vamos a venir en unos 15 días, porque el próximo fin de semana los llevaré a comprar zapatos», «Que no se les olvide llevarse las naranjas. Ya se las dejé separadas», «Dile a tu tío cómo quieres que te haga la mesa». Casi siempre nos tardamos una hora hasta que de pronto, sin que nadie sepa cómo, milagrosamente emprendemos el camino a la parada que está a dos cuadras.

Ya arriba del camión, entre los postes y los arbustos que se alejan, mi madre abre la caja de chocolates, no sin antes preguntarnos qué aprendimos en esa visita a la casa de la abuela.

- —Aprendimos que la abuela se pone contenta cuando nos ve —dice mi hermana.
 - —¿Solo eso? —cuestiona mi madre.
- —Aprendimos que debemos ayudarnos unos a otros —respondo yo.

Mi madre desanuda el moño que cubre la caja y nos deja probar unas cuantas piezas, advirtiéndonos tres cosas. Primero, que no debemos pelear. Segundo, que únicamente podemos comer un chocolate por día y, en tercer lugar, que la próxima vez que visitemos a la abuela, debemos ayudarle a hacer la limpieza de su casa.

-Es bueno ser recíprocos, ¿no creen? -nos dice, y mi hermana le pregunta qué significa esa palabra.

-Ser recíprocos significa que no solamente extiendes la mano para recibir ayuda o cosas, sino que tú también colaboras y regalas. Eso es bueno, ¿no les parece?... La vida tiene múltiples regalos. A veces pueden ser cosas materiales, como unos tenis, un libro, un balón o una caja de chocolates. A veces pueden ser experiencias, como conocer a alguien que admiramos o irnos de viaje, todos juntos, en familia; pero la vida también nos da la oportunidad para que nosotros, así como recibimos regalos, hagamos lo propio con las personas que nos son más cercanas, como un círculo perfecto en el que todos nos apoyamos.

No sé, me gustan las cosas que dice mi madre, aunque a veces no le entienda. Me imagino que ha de ser por tantos libros que lee. Mi hermana y yo nos miramos y contestamos que sí, pensando en las hojas que barremos o en los platos que lavamos, pero, también, pensando en la siguiente caja de chocolates con que la abuela, sonriente, nos recibirá cuando vayamos de nuevo a visitarla.



Entre maizales y naranjales

Cuando la tierra es negra, todo lo que siembres dará frutos, dice mi padre que su padre le decía cuando era niño. Yo lo escucho y le creo.

Siempre que voy con él a la parcela, después de la escuela, mi padre me cuenta historias de cuando era pequeño. Los nombres no se me quedan, pero las anécdotas sí. Dice que cuando crezca y tenga mis propios hijos, yo también se las contaré, y será como si él, su padre y hasta el abuelo de su abuelo estuvieran sentados, con nosotros, escuchándome atentos. Yo no sé si vaya a tener hijos. No me imagino con bigotes criando a niños de mi edad, pero supongo que, si mi padre lo dice, es por algo.

«¿Qué te gustaría ser cuando seas grande?». Esa es una pregunta que me hacen en la escuela, en la casa y hasta en el llano que usamos como parque. A diferencia de mis amigos, yo no sé qué contestar. Cuando más chico decía que policía, porque me gustaba cómo se veían con su uniforme, poniendo orden en los bailes, pero ahora no estoy seguro. Luego empecé a decir que soldado, porque los veía muy serios arriba de las

camionetas, mientras toda la gente los saluda con respeto, y aunque los sigo admirando no creo que eso sea para mí.

Lo que me emociona es ver cómo cambia el cielo cuando se va llenando de estrellas. Como si alguien estuviera arriba poniendo puntitos blancos sobre una tela negra. Dice mi maestro que eso es lo que hacen los astrónomos: se le quedan viendo al cielo durante muchas, muchas horas, hasta que lo conocen como la palma de sus manos. ¿Seré astrónomo? ¿Llegaré a conocer las estrellas como la palma de mi mano? ¿Descubriré nuevos planetas? ¿Le pondrán mi nombre a un telescopio? No lo sé. Me gusta pensar en eso de vez en cuando, pero no estoy seguro si ese será mi trabajo porque, aunque me emocione mucho el cielo, confieso que conozco más la parcela.

Desde que me acuerdo, la fila de surcos es parte de mi vida. Si cierro los ojos, los veo claritos, acomodados mientras se va levantando el sol. Puedo decir qué hay, según los pasos, en cada parte de la siembra. Hacia el fondo, están los naranjos que sembré con mi padre después de que, en una helada, los viejos árboles se quemaron. Al frente, los maizales que se mueven con el viento. Y en medio de los árboles y las plantas de maíz, las verduras, unas pocas, porque siempre tenemos que andar cuidando que los conejos no nos ganen y se las coman antes de la cosecha.

Vivir en el campo no es fácil, pero no me gustaría irme a la ciudad. Allá viven mis primos. Es cierto que hay muchos cines, más parques y un montón de camiones, pero a mí no me gusta. Tardan horas en ir de un lugar a otro, y toda la gente tiene cara o de que está enojada o preocupada. Como si estuvieran a disgusto. Para mí, eso no es vida.

Acá también nos enojamos y nos preocupamos. Sobre todo

cuando el frío arrecia, cuando se vienen los chubascos, o cuando se enferman los animales, pero no andamos con esa cara todo el tiempo. Aquí nos levantamos y acostamos sin dedicarle tanto tiempo a los corajes, sino a los afanes.

La última vez que visité a mis primos, se fue la luz. Estábamos viendo una película y, de repente, la tele se pintó de negro, igual que la sala y la cocina de la casa de mis tíos, así como el resto de las casas de la cuadra y hasta las demás cuadras de la colonia y, según dijeron los vecinos, de todas las colonias de la ciudad.

Todos estaban asustados, «Y ahora cómo le vamos a hacer para dormir», «se nos va a echar a perder la comida», «no voy a poder ver mi telenovela». Yo solamente me senté en la barda que da a la calle y me puse a imaginar qué sería de toda esa pobre gente si se fuera a vivir entre maizales y naranjales. ¿Soñarían como yo en volverse astrónomos o tratarían de tomar el primer camión que los llevara de regreso a la ciudad, una ciudad a oscuras que les provoca miedo y tantas preguntas que no saben cómo contestar?

De a poco se me fueron acercando mis primos y luego los vecinos. Me preguntaron por qué estaba tan tranquilo. Les expliqué que donde yo vivo, da igual si se va o no la luz.

Les conté que nosotros nos levantamos con el sol y nos acostamos cuando oscurece. Que, si el calor es muy fuerte, tendemos una cobija y nos dormimos en el patio.

Para no aburrirlos, empecé a contar historias de miedo que ya antes me había contado mi padre y, entre historia e historia, se nos fue yendo la noche, hasta que los primeros rayos del sol aparecieron en el cielo, y los surcos de casas se fueron poco a poco iluminando.

Viejas rencillas

De la tienda de Don Ángel a la esquina era territorio de los Ramírez. De la tienda para acá era territorio de los González.

Quién sabe cuándo empezó el pleito, lo cierto es que tanto los Ramírez ya grandes como los Ramírez más chicos tenían prohibido hablar con cualquiera que llevara el apellido González, y lo mismo de regreso. Ni unos ni otros se dirigían la palabra.

Misterios que tiene la vida.

Algunos dicen que todo empezó por una escoba, que según cuando los González iban bien arreglados a una fiesta, una de las muchachas de los Ramírez no se fijó y les echó todo el polvo en los zapatos.

Otros dicen que no, que todo empezó cuando en una fiesta de Navidad, los González no cumplieron con la cooperación para los tamales y por eso no alcanzó la cena para todos los vecinos.

—Sepa la bola —decían mis tíos cuando yo les preguntaba.

Lo cierto es que tanto los González como los Ramírez le iban al mismo equipo de futbol: los Tigres, así que cuando el equipo logró dos campeonatos seguidos, al calor del festejo, se les olvidó que eran enemigos y se unieron en un abrazo que empezó con los más jóvenes y se refrendó con los de más edad.

Ese día, toda la cuadra se quedó esperando los gritos y los golpes. La mera verdad, esperábamos que de aquel mar de abrazos saltaran chispas, chipotes y moretones, pero... nos equivocamos.

Nos quedamos mudos por varios segundos, esperando, pero no hubo pelea. Y la fiesta, en lugar de acabarse a las 10 de la noche, pues al día siguiente era lunes y había que ir a trabajar, duró varias horas.

Nomás para que no quedara en el olvido, a Don Ángel se le ocurrió pedirles que posaran para una foto que hoy está a la entrada de su tienda.



Nosotros, los que nunca seremos trending topic

Ni mi mamá ni mi papá quieren comprarnos a mi hermano y a mí un celular. Dicen que hasta que terminemos la secundaria, y para eso faltan varios años.

—Pero mamá, eso no es nada *aesthetic* —le reclama mi hermano y mi mamá se nos queda viendo y nos señala los trastes sucios y el bote de basura.

Salgo a la calle, con la bolsa en una mano, y veo a mis vecinos, Pepe y Luis, atacados de risa viendo videos del TikTok.

Me saludan y me invitan a ver imágenes de perros que se asustan con los gatos, y gatos que se asustan con las ardillas.

- —Cuando sea grande —dice Pepe—, voy a ser un influencer.
- —Yo voy a ser cantante. De mí se acuerdan, voy a ser más famoso que los del Grupo Firme y la Banda MS juntos.

Yo solo sonrío.

- —Todos van a pedirme que me tome selfies con ellos, y hasta las voy a cobrar —continúa Pepe.
- —Yo me voy a ir de gira por todo el mundo y voy a tener la novia más bonita —responde Luis.

Yo que, a diferencia de ellos, no sueño con ser *trending topic*, ni con millones de fans tomándome fotos, me pregunto a dónde va la basura que tiramos todos los días.

Me despido de Pepe y Luis y les digo que nos veremos en la escuela. En mi cuarto, abro la libreta de Matemáticas que me quedó del año pasado y escribo un cuento sobre un niño que construye un celular con piezas que encontró en la basura. Mi hermano, que duerme en la litera de arriba, me ordena que apague la luz y al dormir sueño con celulares de todos los colores bailando una canción que habla de tener muchas novias; yo, contento, meto cuanto celular pasa por encima de mi cabeza en los bolsillos de mi pantalón y hasta en mi *hoodie*. Soy todo un pro.

Cuando despierto, no hay ningún celular en mis bolsillos; las hojas de mi vieja libreta de Matemáticas se mueven con ritmo cuando entra el aire de marzo por mi ventana.

Me peino sin tomarme una sola foto. Desayuno sin que mis amigos vean qué perfectos quedaron los hot cakes que preparó mi madre antes de que me levantara. Camino a la escuela sin que los árboles viajen por el espacio mientras los baña de luz la mañana. Adelante de mí van Pepe y Luis y, de a poco, se me empareja Jaime, quien tampoco tiene celular como yo.

Me dice que por fin terminó de leer *Harry Potter* y que va a jugar un torneo de ajedrez la siguiente semana. Detrás de él, llega Diana, quien nos pregunta si iremos a la convención de cómics que, según dicen, será la más grande de todo México. Luego observamos las primeras garzas que buscan su desayuno en la playa, los altos postes que tratan en vano de impedir que el agua de acá se mezcle con el agua del norte y lanzamos teorías sobre qué preguntas vendrán en el examen. A veces

nos preguntamos si volveremos a subir el cerro de Miñaca que, como si fuera un león dormido, está en Guerrero, Chihuahua.

Nosotros, los que nunca seremos trending topic, formamos un ejército que vive más allá de los pixeles. No sabemos si traemos la camisa bien fajada, si los tenis están impecables o si cerramos los ojos al sonreír, porque no vivimos pegados a un celular, pero sí sabemos cuántas pedaleadas debes dar antes de subir al puente desde donde se ve la playa, o cuánto cala el norte en el mar cuando aparece el invierno. Vivimos con los ojos bien abiertos a la vida que nos crece entre las manos.



La rebelión de los nerds

La maestra nos dijo que escogiéramos al representante de grupo. Nos miramos de reojo. Nos dijo también que teníamos una semana para decirle quién queríamos que nos representara durante todo el año escolar. Nos volvimos a ver de reojo, pero como sonó el timbre del recreo, nadie dijo nada y el asunto, así como nos entró por un oído, nos salió por otro.

Los días pasaron, después del lunes llegó el martes, luego el miércoles, y, sin que nos imagináramos, ya estábamos, otra vez, en inicio de semana.

Al acabar la asamblea, la maestra nos preguntó por el nombre de nuestro representante. Todos volteamos a vernos de reojo, pero no dijimos nada. La maestra supo que no habíamos hecho la tarea.

—Haremos esto lo más rápido que se pueda, pero no nos podemos saltar ninguna fase. Empezaremos con aquellos que quieran ser candidatos a representantes de grupo. Quien quiera postularse, por favor levanten la mano.

Solo Cleveland levantó la mano.

—Muy bien, Cleveland. Entras como candidato, pero no puede haber una sola candidatura. Necesitamos más participantes. Por favor, digan a quién quieren postular...

Otra vez el silencio, hasta que...

- —Yo postulo a Lidia —dijo Susana.
- —Yo a Brandon —levantó la mano Elisa.
- —Yo a Patricia —se animó a decir Yadyra.
- —¿Lidia, Brandon y Patricia aceptan ser candidatos? —dijo la maestra.

Los tres aceptaron, así que ahora teníamos a cuatro candidatos. Como segunda fase, la maestra les pidió que prepararan un breve discurso, solo un minuto, donde compartieran con los compañeros por qué querían ser representantes de grupo. Para eso les daría 10 minutos.

Mientras Brandon se concentraba en escribir sobre una hoja algunas cosas que no sabíamos qué eran, Cleveland se limitó a acomodarse la camisa, revisar que las agujetas de sus zapatos estuvieran en orden y le preguntó a su compañero de al lado si el cuello de su camisa estaba limpio.

Patricia dibujó un balón de básquet y Lidia coloreó la palabra *fiesta* con colores fosforescentes.

Cuando les tocó el turno de pasar al frente, ni Patricia ni Lidia dijeron palabra alguna, se limitaron a sonreír y recibieron los aplausos de sus compañeros. Cleveland propuso que, así como había asambleas todos los lunes, debía haber bailes cada viernes, y funciones de cine cada mes, que los refrescos debían ser gratis y que no tenía sentido que prohibieran la venta de fritos y pasteles. Todos en el salón nos reímos.

Brandon dijo que como representante por supuesto que buscaría que siguiera habiendo bailes y partidos de basquet-

bol, pero que lo más importante era que todos tuviéramos la oportunidad de pasar de año, buscando que hubiera clases de apoyo para los que batallaban con cierta materia, y hasta becas para aquellos alumnos cuyos padres se hubieran quedado sin trabajo. También dijo que buscaría que no hubiera bullying en los salones ni peleas afuera de la escuela y que los alumnos que destacaban por buenas calificaciones, por un talento artístico o porque eran buenos en un deporte, debían recibir una beca, porque había que apoyar el talento.

Antes de que terminara ese día, ya teníamos representante de grupo.

-No puede ser -dijo Cleveland-, es la rebelión de los nerds. Exijo que se cuente voto por voto.

Todos nos quedamos viéndolo. Lo dejamos solo en una esquina mientras que los fiesteros del salón, los deportistas y hasta la maestra felicitaron a Brandon por su nueva responsabilidad.





Entre espías y fantasmas

Nos juntamos en casa de Julio para estudiar, el examen de Historia sería el lunes y no queríamos reprobar. Una vez que, según nosotros, repasamos todo, su mamá nos avisó que había comprado pizza. Comenzamos a cenar y platicamos de tantas cosas. El que empezó fue Daniel:

—Hay palabras prohibidas, por ejemplo: *bútaro*. Dicen que si la repites tres veces en medio de la noche, frente a un espejo, te conviertes en madera. No sé, me parece *fake*, pero por si las dudas nunca he hecho la prueba.

Luego siguió Alma:

- —Hay objetos que también están prohibidos. Como las muñecas viejas, sobre todo si les falta un brazo o un ojo. Mi tío Agustín, el hermano menor de mi papá, dice que cuando eran niños en su escuela se llegó a aparecer una muñeca que atormentaba a los que se quedaban solos en el baño. Y, aunque me parezca exagerado, si lo dice mi tío Agustín, es que es cierto.
- —Pues no solo hay palabras y objetos prohibidos, también hay animales, como los gatos negros —continuó Alberto.

- —Qué idea tan tonta, Alberto —dijo Julio—. Nosotros tenemos un gato y, además, negro.
- —Pero es de mala suerte —refutó Alberto—. Tienen que deshacerse de él.
- —Imposible, cuando llegamos a esta casa, el gato ya estaba aquí.
- —Eso está muy raro, Julio. De verdad tienen que deshacerse de él —regresó a la batalla Alberto.
- —Claro que no, y no sigas diciendo eso, porque si te oye mi mamá, de seguro te prohíbe comer pizza —advirtió Julio.

De no ser por Alma, que habló sobre la última película que vio en el cine, Alberto hubiera seguido con sus advertencias. Antes de despedirnos, la mamá de Julio nos dio a cada uno una bolsa de nueces. Caminamos y, justo cuando pasamos por el panteón municipal, un gato negro se le paró enfrente a Julio, quien se quedó paralizado.

- —Pero Alberto, es solo un pobre gato, ni que te fuera a comer —le dije—. Alberto seguía inmóvil, hasta que Alma se agachó para tomar al gato entre sus manos y preguntarle qué hacía ahí tan solo.
- —Ni se te ocurra llevarlo a tu casa, Alma, no ves que los gatos negros son...
 - —¿De mala suerte?
 - —Sí.
 - —Por supuesto que no, son ideas de hace muchos siglos.
 - —Sí, Alberto. Son ideas de hace mucho tiempo.
- —Pues sea como sea, mejor me voy a mi casa y ahí los dejo con su nuevo amigo.

Tan pronto como Alberto aceleró el paso y Alma puso al felino en el piso, este lo siguió, como protegiéndolo de sus propios miedos. Y no solo esa noche, sino al día siguiente, cuando fuimos a la feria, y un día después, cuando estuvimos a la plaza, y hasta al día siguiente, cuando nos dirigimos y regresamos de la escuela.

- -Siento que me espía -dijo Alberto cuando nos contó que ya no sabía qué hacer para quitarse al gato guardián.
- −¿Será que es un fantasma que viene por tu espíritu? − preguntó Julio para luego reírse.
 - —Pues, aunque te rías, a veces pienso eso.
- —Es broma. Dice mi mamá que los gatos, al igual que otros animales, eligen al ser humano que necesita ser cuidado, seguramente él vio algo en ti y por eso cree que debe cuidarte.

Al día siguiente, nuestro amigo Alberto se salvó del accidente del metro en el que murieron varias personas. Su gato guardián no lo dejó salir de su casa justo cuando Alberto estaba listo para ir a visitar a unos familiares, al otro extremo de la ciudad.

Un panteón a las doce de la noche

orol retó a Raúl a que fuera al panteón a las 12 de la noche y se quedara a dormir sobre una de las tumbas.

Raúl, que no le tiene miedo a nada, apenas puso un pie fuera de la habitación donde dormía, fue detenido por su papá, que lo alcanzó a ver, justo cuando lavaba su camioneta.

- —Papá, déjame ir. Si no duermo en el panteón, Orol va a decirle a toda la escuela que soy un cobarde.
 - —¿Y eso te preocupa mucho?
- Pues claro. Imagínate, voy a ser la burla de todos, hasta de los de primero.
 - –¿Quién te dijo eso?
- —Nadie, pero sé que así va a ser. El otro día retaron a Toño a que no era capaz de meterse a bañar al río y ahora no puede poner un pie en la escuela.
- —Hijo, no puedes hacer o dejar de hacer cosas por lo que piensen los demás.
 - –¿No me dejarás ir?
 - -No.

A la mañana siguiente, todos los de sexto esperábamos las pruebas de que Raúl había dormido, efectivamente, entre las tumbas de los muertos, pero Raúl no entregó nada.

Como en una película de vaqueros, donde uno de los forajidos dispara a quemarropa sobre el cuerpo del *sheriff*, Orol disparó las primeras burlas sobre Raúl, quien se limitó a guardar silencio. Ni siquiera levantó la mano cuando el maestro hizo las preguntas sobre Ciencias Naturales, la clase que más le gustaba.

—Eres un cobarde, Raúl García —gritó Orol en medio del patio, y ni aun así Raúl contestó palabra alguna.

Con el paso de los días, supongo que a Orol le aburrió burlarse de Raúl y encontró a otras víctimas que fueron objeto de sus retos siempre disparatados. Nadie le hacía frente, todos callaban ante sus insultos y burlas hasta que se le ocurrió retar a un niño de cuarto que se apoyaba en dos muletas para caminar.

El silencio se apoderó del patio. Todos esperábamos que alguien detuviera a Orol, pero no nos atrevíamos, temerosos de que el objeto de su burla fuéramos nosotros.

El de cuarto, apoyando todo el peso de su cuerpo en la pierna izquierda, le aventó la muleta que llevaba en el otro lado.

—Te reto a que subas las escaleras con una sola muleta.

Orol no se esperaba que uno de cuarto contestara a sus provocaciones. Un silbido colectivo dio varias vueltas por el patio de la escuela mientras Orol no sabía qué responder.

- —Te reto a que cuides a tu abuela enferma todos los días gritó Graciela, a la que molestó apenas empezaba el año.
- —Te reto a que te levantes a las cuatro de la mañana, alimentes a las gallinas y a los chivos y luego camines cinco ki-

lómetros para tomar las clases —continuó Javier, a quien Orol apodó el Chivo apenas lo vio llegar después de las vacaciones.

-Te reto a que nos digas si en tu casa te tratan tan mal como para que quieras desquitarte con nosotros —dijo Blanca, a quien le estiraba las trenzas cada vez que pasaba por su mesabanco.

Aunque Orol Rodríguez era alto, el más alto de la escuela, creo haber visto cómo se fue haciendo pequeño hasta convertirse en un ratón asustado que se fue a refugiar a una esquina del salón, aun antes de que sonara el timbre. Había muerto el tirano. El que imponía el orden a fuerza de burlas, retos y castigos.

Desde ese día, se acabaron los apodos, los jalones de cabello, las zancadillas y los retos disparatados. Desde ese día, el patio de la escuela se convirtió en un lugar seguro para nosotros. Habíamos conseguido la paz. Después de tantas batallas, por fin habíamos ganado la guerra.



El gran Matías

Todos me conocen como el Niño Galleta, porque mi cara aparece en la caja de las galletas Choco-Coco. Mérito de mis padres, creo yo, que hicieron fila entre otros miles de padres de familia que querían que su retoño fuera la estrella de la marca de galletas más popular. Y mérito mío, también supongo, que después de empaquetarme mi galleta pude decir la tan famosa frase: «Con Choco-Coco, aunque comas cien galletas, siempre es poco».

Al principio me divertía. Toda la gente me trataba como si fuera un rey. «Mira, es el Niño Galleta», escuchaba que decían las personas y al instante, ya había detrás de mí una fila de admiradores, chicos y grandes, que querían que dijera la famosa frase «Con Choco-Coco, aunque comas cien galletas, siempre es poco».

Me llevaban a programas de televisión, tenía vacaciones gratis y hasta me dejaban entrar a los conciertos de mis artistas favoritos. En Navidad, el cartero y hasta los de paquetería me entregaban cientos de cartas y juguetes que mi mamá se encargaba de agradecer puntualmente, eso sí, obligadamente incluía una foto mía a punto de devorar una galleta de Choco-Coco.

Yo disfrutaba ser el Niño Galleta hasta que... la vi.

Ahí estaba, tenía un vestido azul y el cabello corto. Para mí era la niña más bonita, no podía dejar de mirarla. Seguro de mí, me acerqué y le invité una galleta.

- -No, gracias.
- —¿Segura que no quieres?
- –¿De qué es?
- —De Choco-Coco.
- -No, gracias.
- -Prueba solo una.
- —No, ya dije que no.
- —A todo el mundo le encantan.
- -Pues a mí no.
- —Pero ¿por qué no?
- —Porque no.

Volteó la cara. La habían invitado porque había donado su cabello a una amiga que tenía cáncer, y había inspirado a todas las niñas, maestras y mamás de su escuela para que hicieran lo mismo. Supe que se llamaba Lucía y después de eso fui con los que decoraban el set y regresé con una flor.

- -Ten, es para ti.
- —No, gracias.
- -Es solo una flor, acéptala.
- —Ya te dije que no.
- −¿Pero por qué no quieres aceptarla?
- —Porque soy alérgica a las flores. Y si me sigues molestando, voy a irme de aquí.

Ni galletas ni flores. Nada le gustaba a esa niña. Y yo, por otro lado, había perdido mi encanto. Me sentí solo, triste. Por eso cuando el conductor me entrevistó, dije la frase que tanto había ensayado y que tanta fama me había dado, pero sin emocionarme. «Con Choco-Coco, aunque comas cien galletas, siempre es poco».

Luego me fui a casa y mi mamá, que manejaba el coche, cuando notó por el retrovisor que yo bajaba la mirada y me puse mis audífonos, supo que algo raro me pasaba, pero aun así manejó en silencio. Al entrar a la casa, me preparó un chocolate caliente y me dijo que me avisaría cuando estuviera la cena.

- -Mamá, hay una niña que me gusta.
- –¿Cómo se llama?
- —Lucía.



- —¿La niña que donó su cabello?
- —Sí.
- -Es bonita.
- —No quiso ni galletas ni flores.
- —¿Y qué más sabes de ella, aparte de que no le gustan las flores ni las galletas?
 - -Sé que donó su cabello. Solo eso sé.
 - -Pues sabes mucho.

Pasó más de un año antes de que la volviera a ver, ahora en una feria. Yo había dejado de ser el Niño Galleta luego de que le dijera a mis padres que ya no me emocionaba eso de salir en la tele y tomarme fotos con desconocidos.

Ella fue la que se acercó a mí.

-Me dijeron que donaste tu cabello...

No supe qué decirle, solo me llevé las manos a la cabeza, despeinándome. ¿Por qué hice eso? No lo sé.

- -Gracias.
- —Lo hice con gusto. Por cierto, me llamo Matías.
- —De ahora en adelante, te llamaré el gran Matías.
- −¿Y eso?
- —Así le digo a todas las personas que ayudan a otras, donando su cabello.

Ahí estaba, frente a mí, con su cabello corto. Le pregunté si quería un bote con agua, y ella lo aceptó, sonriendo. Claro que me gustaba, pero para mí lo más importante era conocerla, saber qué pensaba y llegar a ser amigos.

Cómo destruir a los zombis

Cómo destruyes algo que ya está muerto? No entiendo cómo los zombis pueden moverse si ya están muertos. ¿De dónde sacan tanta fuerza, tanta inteligencia y tanta velocidad? Yo me enfermo de gripe y a veces no puedo ni salir de la cama.

La primera película de zombis la hicieron en el siglo pasado, era en blanco y negro. Yo no la he visto. Mi abuelo dice que él la vio en el viejo cine Norma, luego de ver una película de Santo, el Enmascarado de Plata.

- -Abuelo, ¿cómo puedes matar a un zombi?
- —Buena pregunta, Yassiel.
- −¿Por qué siguen moviéndose si ya no están vivos?
- —De alguna u otra manera, están vivos, Yassiel.
- —Pero abuelo, eso es imposible. ¿No crees?
- —Te diré. Conozco gente que está muerta en vida.
- —Pero hablamos de zombis, abuelo.
- —Lo sé. Claro que entiendo tu punto. Pero solo piénsalo por un momento. Hay gente que está muerta en vida. No necesitan parecer cadáveres, ni traer la ropa hecha jirones, y aun



así, están muertos en vida. Yo conozco varios. Se sientan en la plaza, solo van al banco una vez al mes a cobrar su pensión y luego, nada, otra vez a la plaza, a sentarse y pasar la tarde en silencio. ¿A veces me pregunto si parpadean?

- —Pero abuelo, ellos están vivos.
- —Claro, pero también están medio muertos, ¿no crees?
- —Viéndolo así...
- —Te apuesto a que tú conoces uno.
- —No creo.
- -Piénsalo.
- —Un compañero de mi escuela...
- –¿Ves?
- —Todos los días va a clases, pero no habla, ni participa. Se sienta en su pupitre hasta que suena el timbre.
 - —¿Parpadea?
 - —Ahora que lo preguntas...
 - —Es un zombi, sin duda alguna.
 - —¿Y qué hacemos con ellos, abuelo? ¿Matarlos?
 - —Por supuesto que no. Hay que transformarlos.
 - —¿Transformarlos en qué?
 - —En seres humanos, que vuelvan a la vida.
 - —¿Se puede?
 - —Claro que se puede.
 - —¿No es peligroso?
 - —Lo es, pero alguien debe intentarlo.
 - —Dime qué hay que hacer, por favor.
- -Lo primero que hay que hacer es acercarse a ellos, con mucho cuidado, pero que vean que no tienes miedo.
 - —¿Y luego?
 - —Luego te presentas y les dices: «Me llamo fulano de tal y

me pregunto si tú sabes por qué siempre que llueve, el agua cae del cielo hacia la tierra y no al revés».

- —Abuelo, esa es una pregunta muy tonta.
- —El chiste no es la pregunta, sino la respuesta, Yassiel.
- —¿Cómo que la respuesta? ¿Qué deben contestar?
- —Olvídate de lo que deben contestar. Concéntrate en cómo contestan.
 - –¿Cómo?
- —Si responden con gruñidos, olvídalo, es una causa perdida; pero si responden con una pregunta, con un «Repíteme otra vez tu pregunta porque no entendí», entonces hay muchas posibilidades de revertir en ellos eso que los convirtió en zombis.
 - —¿Estás seguro?
 - -Por supuesto.

Hice lo que mi abuelo me dijo. Cuando entré al salón, me acerqué a mi compañero y lancé la pregunta.

- -Estás completamente loco, ¿qué clase de pregunta es esa?
- —¿Sabes la respuesta? —lo volví a interrogar, muy seguro de mí mismo. Se echó a reír.
- —Estás completamente loco, amigo, pero me caes bien. Me llamo Elías.

Cuando extendió su mano, supe que mi abuelo tenía razón. No solamente había destruido a un zombi, sino que había ganado un amigo.

Nunca golpees una calabaza

De entre todas las calabazas que había en el jardín, la más pequeña era particularmente, cómo decirlo, poco agraciada.

No tenía ni el naranja intenso de sus hermanas, ni había crecido lo suficiente como para atraer las miradas de los compradores que acudían gustosos a decorar sus casas la última semana de octubre.

Aun así, ella se mantenía, valiente, codo a codo con sus hermanas. Sí, ya sé que las calabazas no tienen codos, pero ella estaba ahí, esperanzada a que alguien la metiera a una bolsa de manta y la luciera en la entrada de su casa.

No pasó.

Al entrar noviembre, el viejo granjero subió las pocas calabazas que no había vendido a la caja de su camioneta. Estaba a punto de regresar a su casa.

- —¿Cuánto por esa calabaza? —preguntó una niña que se adelantó al paso de sus padres.
 - —¿Cuál quieres, pequeña? —le dijo el granjero.



- —Esa, la pequeña, mitad verde, mitad amarilla.
- —¿No prefieres una más grande? Mira, todavía quedan unas que quedarían perfectas en el jardín de tu casa.
 - —No, quiero esa, la pequeña, mitad verde, mitad amarilla.
- —Si es por el dinero, no te preocupes, yo te la regalo. Hay otras más bonitas.
 - —Shht, no diga eso. Lo va a escuchar.
 - —Las calabazas no escuchan, pequeña.
 - -Esta sí, señor granjero. Se lo aseguro.

Al granjero no le quedó de otra que darle a la niña su pequeña calabaza mitad verde, mitad amarilla. Luego se rascó la cabeza y cuando los padres de la compradora le ofrecieron pagar por la mercancía, les dijo que era un regalo.

- —Lo único que no entiendo es por qué habiendo otras, quiso escoger esa.
- —Cosas de niños —dijo el padre, mientras la madre preguntó a la hija, que se llamaba Fernanda, por qué precisamente había querido esa calabaza.
- -Porque es distinta, mamá. Porque las de mis amigos se van a parecer, pero nadie tendrá una como yo, es especial, única. Es bella.

Desde ese otoño, el viejo granjero comprendió que, a su manera, cada una de las calabazas que llevaba a vender en el mes de octubre era valiosa y merecía estar en el jardín de una niña o un niño que supiera descubrir la belleza que está en todos los seres vivos que habitan en la naturaleza.

Una súper detective

Janett soñaba con ser policía, pero no cualquier policía, sino una detective, capaz de descubrir los misterios más misteriosos y difíciles del mundo.

Cuando más pequeña, si escuchaba una historia de ladrones, decía improvisando una pistola: «Los voy a matar a todos». Luego eligió que más que matarlos, lo que quería era averiguar cómo cometieron esos delitos. Ya con 11 años, se cuestionó por qué perseguir a ladrones si el mundo estaba lleno de misterios extraños y dignos de ser investigados, más allá de los delitos y fechorías menores.

Su primer reto fue investigar quién decía la verdad en su clase: si Margarita, que presumía haber escrito un cuento sobre mujeres que habían hecho cosas muy importantes, o Victoria, quien también se atribuía la autoría de esa historia.

Margarita tenía muchos amigos y, además, iba a las fiestas más bonitas de la escuela. Victoria, en cambio, aunque tenía algunos amigos, más que ir a fiestas se le veía emocionada en clases o caminando en los parques que estaban cerca de su casa.



Janett creía tener una idea de quién mentía y quién decía la verdad, pero no quería equivocarse, así que lo primero que hizo fue leer el cuento. Luego, le dijo a la autoridad, la maestra de Literatura, que estaba lista para develar el secreto. La maestra, como pudo, atrapó en su boca una pequeña sonrisa que estaba a punto de escapársele y le dijo que estaba bien, pero que no solamente debía decir quién era la verdadera autora del cuento, sino dar pruebas.

Frente a todo el salón, Janett pidió a ambas que contestaran dos preguntas, solamente dos preguntas. Resumió al decir que, con al menos una de las respuestas, ella sabría quién era la verdadera dueña del cuento y quién la mentirosa.

Todo el salón estaba en silencio esperando el desenlace.

—Compañeras, por favor díganme cómo descubrimos, en medio de una fiesta, a los alumnos que les gustan más las clases, los más estudiosos, o a los que les interesa ayudar a otros.

Victoria bajó la mirada. Margarita se apresuró a contestar:

—Es muy fácil, son los que traen los zapatos sucios —se rio y explicó—. Sí, los traen sucios porque a ellos les importan más otras cosas.

Todos voltearon a verse e incluso la maestra, discretamente, dirigió la mirada a los alumnos, luego de revisar sus propios zapatos. Después dijo en voz alta:

- —Bien, creo que no es necesario hacer más preguntas. Ya sabemos quién es la autora.
- —Coincido con usted, maestra. Solo permítame hacer una segunda pregunta, por favor.

La maestra aceptó.

- -Compañeras, díganme por favor lo que significa la palabra sororidad.
- -¿Soro qué? -preguntó Margarita. Victoria, en cambio, levantó la mano:
- -La sororidad es la amistad entre las mujeres, pero también es cuando las mujeres se apoyan, cuando se ayudan.
 - —¿Cómo supiste de esa palabra? —preguntó la maestra.
- -Mi tía, con la que fuimos mi mamá y yo a la marcha, en el mes de marzo, me la enseñó. Me dijo que escribir ese cuento sobre mujeres valiosas era de ayuda para otras mujeres.

Todos en el salón aplaudieron. Victoria platicó con la maestra. Margarita se acercó con sus amigas, como si nada hubiera pasado, y empezó a organizar la próxima fiesta. Janett, en cambio, miró por la ventana, suspiró y después anotó en su libreta la fecha del día y, con letras en mayúscula: MISTERIO RESUELTO: ¿QUIÉN ESCRIBIÓ EL CUENTO «TODAS LAS MUIERES IMPORTAN?».

El mundo cabe en un balón de básquet

Solo tienes unos segundos. En unos segundos te toca comprobar si esto es para lo que naciste, si valió la pena convencer a tus papás para que te llevaran a cada entrenamiento, hiciera frío o calor.

Unos cuantos segundos. No hace falta ni que hables, ni que grites, ni que llores.

Las palabras están de más. Solo eres tú frente a un círculo de acero del cual cuelga una red de hilos.

Después de esto no hay marcha atrás. Después de esto, sabes que no hay otra oportunidad guardada en ningún lado.

Para esto llegaste hasta esta ciudad.

Tú y tus compañeras que te miran y detienen la respiración.

A lo lejos, tus padres, con sus celulares en las manos, esperan que dejes de botar el balón y dispares.

El mundo cabe en un balón de básquet. Lo sabes. A kilómetros de ti, las olas de los mares se detienen, los perros en los parques dejan de correr. Los autos, los aviones y los trenes se paralizan, y hasta la mariposa se inmoviliza en el aire. Este es



el momento, Fernanda. Es ahora cuando decides si mereces ser una campeona o de nada sirvió meter tu ropa a la maleta y subirte a ese avión.

Parecían cristales y diamantes, pero solo era una lluvia de papeles metálicos los que cayeron de las gradas cuando las selvas, las playas, los bosques, e incluso los desiertos de todo el mundo, entraron por ese círculo de acero, y tú metiste la canasta que le dio el campeonato a tu equipo.



Un cometa de colores volando el azul cielo

Ahí, entre las dos montañas. En invierno cae la nieve y en verano las noches son azul oscuro.

Si preguntas a cualquiera, dirán que más adelante está Mesa de Tablas y atrás, San Antonio de las Alazanas.

Mi madre lo llama «Mi pedacito de cielo».

Mi hermana quiso que trajeran una casa rodante.

Yo me traje unos discos de vinil para escucharlos por la tarde en una tornamesa que me regalaron de Navidad. También me acompañan unos cuantos libros en inglés y en español.

¿Qué son los amigos? Una salida al cine, quizá risas y canciones que cantamos hasta quedarnos sin voz.

¿Qué es la ciudad? Un paseo por las calles que andamos en bicicleta o en coche.

¿Mi familia? Un cometa de colores volando el azul cielo. ¿Yo? Me llamo Brandon, y sé que nada es imposible.

Escribe tu propia historia









Ofelia Pérez-Sepúlveda

Cuando era niña le gustaba andar en bicicleta y contarse historias a sí misma, las cuales luego comenzó a escribir. Desde entonces cree que si tienes un sueño y te esfuerzas es posible alcanzarlo. Ofelia nació y creció en el municipio de Guadalupe, Nuevo León, donde veía a su madre leer todos los días y escuchaba las pláticas de sus mayores que, sentados en mecedoras blancas, hacían de la vida un lugar mágico. Le gusta caminar por la ciudad, viajar por carretera, tomar fotografías y descubrir cómo piensan las personas y qué hacen para hacer de este mundo un lugar más amable.



Andrés Escobedo Espinosa

De niño le gustaba jugar con plastilina porque le daba una libertad que los otros juguetes no daban, la de crear sus propios personajes e historias. Nació en Mérida, Yucatán, ahí, su madre pintaba cuadros al óleo y eso influyó tanto en su gusto por el dibujo que ella comenzó a llevar libreta y bolígrafo a todos lados para que Andrés se quedara quieto a donde fueran. Hoy, se inspira de la música, los videojuegos, las películas y el acontecer diario para crear su arte. Andrés agradece a su madre porque fue la primera en creer en él.

CUENTOS PARA GANAR UN MUNDIAL O DESTRUIR A LOS ZOMBIS



INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE NUEVO LEÓN

Este libro se imprimió y encuadernó en papel bond de 120 gramos para sus interiores y couché de 300 gramos para la portada, en los talleres de Desarrollo Litográfico S. A. de C. V., durante el mes de julio de 2023. La tirada constó de 1000 ejemplares.

En su formación se utilizó la fuente Gandhi Serif en 11.5 puntos para el cuerpo del texto.



Cuidado de la edición

Cuauhtémoc Iglesias Ontiveros Director de Capacitación Electoral

Mateo de Jesús Flores Flores Jefe del Departamento Editorial

Alan Márquez Rodríguez Odvidio Reyna García Analistas Editoriales

César Eduardo Alejandro Uribe Corrector

Elena L. Herrera Martínez Vanessa V. Esquivel Cáceres Diseñadoras Editoriales

Melina S. García Sánchez Distribución y Promoción Editorial

Descarga aquí la versión digital y encuentra otros libros de la colección:











Libros de la Anacahuita

¿Qué tienen qué ver los semáforos con el futbol? ¿Por qué siempre que llueve, el agua cae del cielo hacia la tierra y no al revés? ¿Para qué perseguir a ladrones, si el mundo está lleno de misterios extraños y dignos de ser investigados? ¿Una ciudad a oscuras provoca tantas preguntas que no se sabe cómo contestar? En Cuentos para ganar un mundial o destruir a los zombis encontrarás las respuestas.



5 de Mayo 975 Ote., Centro, Monterrey N. L., México (81) 1233 1515 www.ieepcnl.mx

